

“Diálogo de Fin de Siglo”

“Diálogo de Fin de Siglo” es una obra interesante pero poco atractiva. Está hecha con una serie de escenas breves que se yuxtaponen para entregar distintos elementos de la historia o para hacer relatos evocadores, pero es una sucesión sin relieves. Todas las escenas son justificadas, pero no se orientan a crear climas de mayor tensión o a producir una cierta expectativa de lo que podría suceder. Predomina el carácter narrativo. Desarrolla un tema de indudable interés y sus sugerencias centrales deben hacernos pensar, pero es débil como construcción dramática.

Se mantiene en esta obra el sistema de creación colectiva que caracteriza las producciones de Ictus, pero han renunciado al humor y a la alusión política de actualidad, con lo que su propuesta pierde ese “enganche” con el público que convertía cada una de sus presentaciones en un acto de participación. En cierto modo éste es un avance respecto de creaciones anteriores porque la historia adquiere un tono más elevado y serio, pero es una lástima que a pesar del interés de su tema, la obra se sienta lenta, con procedimientos teatrales reiterados, con un lenguaje escénico monótono; el paso de una escena a otra con un corte de luz es quizás difícil de evitar, pero no se puede negar que es un procedimiento elemental y que cuando debe repetirse muchas veces, porque la obra está excesivamente fragmentada, contribuye a detener la acción y a acentuar su lentitud.

No resulta bien que un actor, con papel protagónico en la obra, asuma a la vez la dirección. No hay duda de que Delfina Guzmán tiene una amplia experiencia teatral que podría permitirle dirigir con acierto cualquier obra, pero no se puede dirigir y estar dentro del escenario. El director tiene que poder apreciar el resultado de conjunto; mirar realmente desde fuera para captar el ritmo, la plasticidad, la interacción de los diferentes personajes y los elementos de escenografía. Al tener que crear su propio papel y coordinar la labor creativa de todo el resto del equipo, se produce una dualidad que no se puede resolver en buena forma. Además, el papel de director requiere aptitudes y técnicas específicas que hoy, incluso, ya se han subdividido en dirección de actores y en dirección de “dramaturgia”, es decir, de apoyo técnico creativo para proponer soluciones nuevas a los problemas escenográficos y de interpretación de los textos. En esto, Ictus, que fue un teatro de vanguardia, se ha quedado atrás.

“Diálogos de Fin de Siglo” busca revisar o destruir el mito de nuestra larga tradición democrática sólo raras veces interrumpida por intentos golpistas. Nuestra historia presenta un constante uso de la violencia como procedimiento político. Las minorías que aspiran a tener el poder no vacilan en embarcarse en aventuras golpistas para las cuales siempre encuentran razones que toman aspecto altruista. La defensa de la Constitución, de la libertad y de los derechos fundamentales, la lealtad a los principios, son buenas razones para justificar la voluntad de poder, o incluso, el deseo de apoderarse de los bienes de los derrotados. El pillaje y la matanza alevosa de quienes se sindicaban como enemigos políticos han ensuciado muchos momentos de nuestra historia y han traído deshonra a quienes han creído enaltecer sus nombres con esas acciones. Y lo peor es que en todos los casos el costo es el de muchas vidas inocentes.

Con lealtad, la obra muestra que esos errores los han cometido los dos bandos en pugna, en este caso, después

del suicidio de Balmaceda, y pesar de los deseos de los dirigentes, el pueblo se entrega al saqueo, y los milicianos, borrachos, al asesinato y la violación; pero también los soldados balmacedistas degollaron a un grupo de muchachos sin armas después de haber sido aprehendidos y cuando no tenían ninguna posibilidad de atacar ni de defenderse.

La intolerancia, la ceguera llega a colocar como rivales irreconciliables a miembros de una misma familia y a considerar traición lo que no es más que disidencia u oposición de puntos de vista.

La trama de la obra está bien organizada en torno a una familia que ha tenido central participación política en la derrota militar del Presidente Balmaceda. La alegría del triunfo se ve ensombrecida por la noticia del suicidio del Presidente en la Embajada argentina, donde había pedido asilo. Aparentemente la vida del país puede continuar sin alteraciones. Las nuevas autoridades creen poder evitar la acusación de su conciencia por el suicidio del Presidente. Aparecerán en sus palcos de la ópera como si nada anormal hubiera pasado. El suicidio de Balmaceda es producto de su personalidad soberbia y exagerada. Ha convertido una derrota en una tragedia y eso no es culpa de ellos. Pero las cosas no son tan simples. No se puede celebrar un triunfo ensombrecido por el suicidio de un gran hombre, aunque haya sido controvertido. La pugna externa se infiltra en la familia porque la amistad de Felipe con Pedro Balmaceda, el hijo poeta del Presidente, lo ha colocado en oposición a su padre, Alberto, recién designado Intendente de Santiago. Esa pugna desencadenará las tragedias familiares.

La expresión directa de las proposiciones de la obra aparece explícita en las intervenciones de El Antepasado. Si bien adquieren un tono algo irreal y admonitorio, no dejan por eso de ser discursos introducidos en forma forzada a la historia. La enriquecen desde el punto de vista ideológico, pero dejan a la vista la insuficiencia de la elaboración dramática.

Las escenas en semioscuridad, con la leve luz real de una vela, crean un clima sugerente que realza la buena actuación de Francisco Reyes en su papel de Felipe, el hijo amenazado de muerte por ser balmacedista, oculto en la casa de su padre que lo considera traidor. Felipe está angustiado por no poder limpiar de sí la sangre de sus primos, degollados por los soldados de su propio batallón sin que él pudiera impedirlo. Otro acierto de esta obra es la escena en el palco de la ópera, con que comienza el segundo acto; la serie de saludos de compromiso en el entreacto y luego el intento de diálogo subrepticio entre Rosario, segunda esposa del intendente recién designado, y Amanda, ante el infructuoso intento de su novio impuesto, Ramón, por enterarse de lo que hablan, todo acallado para el público por la música de la ópera, resulta realmente muy bien hecho.

“Diálogo de Fin de Siglo” es una obra interesante, de un género poco desarrollado entre nosotros, el histórico, que permite establecer relaciones con el presente. Disminuye su atractivo al resultar demasiado plana, narrativa. La excesiva fragmentación de la historia, si bien puede permitir ilustrar mejor un desarrollo relativamente amplio por medio de muchas escenas breves, y orientarnos hacia una actitud más reflexiva que emocional, no logra evitar el peligro de la monotonía, principalmente por la insistencia en unas pocas técnicas teatrales que se emplean en forma reiterada.

Agustín Letelier

El fin de siglo de Balmaceda o la recreación de la chilenidad

El libro "Fin de siglo. La época de Balmaceda", de Bernardo Subercaseaux, analiza el período comprendido entre 1886 y 1901. Explica que "pretendo enriquecer el pensamiento actual a partir de esa experiencia del siglo XIX"

MAURA BRESCIA

El investigador Bernardo Subercaseaux, subsecretario ejecutivo de Ceneca (Comunicación y Cultura para el Desarrollo), atribuye a la época balmacedista de fines del siglo pasado, la constitución del Chile moderno. Así lo expone en su reciente ensayo *Fin de siglo: la época de Balmaceda*, en el cual abarca el movimiento político, cultural, social e intelectual de esa época, y que se presentará hoy en el teatro La Comedia.

La obra, publicada por la editorial Aconcagua, cuenta con el auspicio de *La Epoca*, y es la continuación de dos libros anteriores del autor: *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX* y *Lastarria, ideología y literatura*.

La importancia de ese período histórico se puede apreciar, dice Subercaseaux, en "el Chile de los distintos sectores sociales, el Chile de las grandes obras arquitectónicas, el Chile de los problemas fronterizos con Perú, con Argentina, la Guerra del Pacífico, bueno, el Chile moderno en todo sentido."

"Incubación de conflictos"

La obra abarca entre 1886 y 1901, cuando se trazó el corte con el período colonial y cuando se produjeron muchos aspectos recurrentes según el autor.

—La incubación de todos los conflictos que tenemos hoy se da a partir de fines del siglo XIX: políticos, sociales, e incluso la Guerra Civil del 91.

Aclara que el suyo es un libro histórico, en el que da una mirada de reojo, y tratando que no se note, a las posibles analogías entre ese período y el actual.

—No quiero imponer lo que existe hoy día para atrás, pero tampoco hacerme el *leso* con respecto al mundo en que estamos situados. Pretendo enriquecer el pensamiento actual, a partir de esa experiencia del siglo XIX, sobre problemas más o menos similares.

Históricamente hay grandes coincidencias, por ejemplo, a fines del siglo pasado hubo, después de una etapa de desarrollo científico y tecnológico (ferrocarril, luz eléctrica, cine), la concepción de un desfase entre

el desarrollo material y el desarrollo espiritual de la sociedad. A fines del siglo pasado se dio la pérdida de valor de los grandes paradigmas ideológicos: el positivismo y el darwinismo. Añade Subercaseaux: "Hoy día, hasta cierto punto, sucede lo mismo con el marxismo y otras teorías que, de alguna manera, han tenido vigencia durante este siglo".

A fines del siglo pasado existió la *belle époque* y Oscar Wilde era el prototipo del *dandy* que tenía una concepción hedonista de la vida. "Algo que de alguna manera está muy vigente en el día de hoy", comenta. También hubo sectas espirituales y una reacción contra el materialismo. "A fines de siglo uno hace un balance, como lo estamos haciendo ahora".

Cultura de masas

Bernardo Subercaseaux explica que en esa época surgió una invención de identidad del ser chileno y se reflató la imagen de Portales y de la Virgen del Carmen con un contenido nacional y patriótico.

Por otro lado, en ese período hubo cierto sincretismo cultural. No es casual que poetas cultos, como Carlos Pezoa Véliz, hicieran lira popular. Hubo una arremetida muy fuerte de nacionalismo, junto a un pensamien-

to anti-aristocrático, anti *belle époque* y anti-afrancesamiento. Fue la hora de los ensayistas como Nicolás Palacios y Tancredo Pinochet, que inventaron una cierta identidad del chileno.

"Es una invención de la chilenidad; yo no quiero decir que exista esa chilenidad, porque expresaron cuestiones muy poco científicas sobre ella", expone el autor.

A fines del siglo XIX se constituyeron por primera vez circuitos culturales distintos y paralelos por diversificación social, los mismos que tenemos hoy: una cultura de masas que se expande y abarca los sectores medios y bajos; una cultura popular de raigambre campesina y una alta cultura. La ópera era el circuito de la aristocracia, en el que se iba a exhibir la pertenencia social. La zarzuela empieza a ser la cultura de masa de la época. También se constituye una especie de mercado cultural en el que está en germen el mercado cultural actual.

También se constituyó el concepto de Estado Docente, en el cual empieza una preocupación por la educación de la mujer. El pensamiento laico positivista ilustrado se centra en la idea que el desarrollo del país y el camino hacia el progreso pasa por la educación.

Siáticos y caballeros

En el capítulo *Metáfora del país* el autor presenta una visión nueva de la Guerra Civil de 1891, en la que destaca como factor preponderante el aspecto social del problema entre los siáticos y los caballeros.

Es la aristocracia de la época la que acusa a Balmaceda de rodearse de siáticos.

—Los ministros de Balmaceda no eran aristócratas, pertenecían a los sectores medios no profesionales. El problema entre los siáticos y los caballeros fue, en cierta medida, un conflicto cultural, un conflicto de casta— explica Subercaseaux.

Entre sus planes está continuar la investigación histórica con una nueva obra que abarcaría desde principios de siglo hasta 1925. Para ello, acaba de ganar un proyecto de Conicyt para desarrollarlo en dos años.



Publicó Editorial Aconcagua, con el auspicio de "La Epoca".



Bernardo Subercaseaux: "A fines de siglo uno hace un balance, como lo estamos haciendo ahora".